

# Sandra Lorenzano

## Herida fecunda



XV Premio Málaga de Ensayo



Editorial Páginas de Espuma  
91 522 72 51 || [prensa@paginasdeespuma.com](mailto:prensa@paginasdeespuma.com)  
Información: [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

## **La Historia con mayúsculas, la historia colectiva, atraviesa nuestra historia íntima, dejándonos marcas sobre la piel y la memoria.**

Exilios, migraciones, violencias, pero también abrazos y solidaridades, se cruzan en estos fragmentos en que el dolor que provoca el abandono del propio hogar busca transformarse en «una herida fecunda», como lo quería Clarice Lispector.

La Historia con mayúsculas, la historia colectiva, atraviesa nuestra historia íntima, dejándonos marcas sobre la piel y los recuerdos. Y ahí están acompañándonos nuestros ausentes, nuestros desaparecidos, aquellos que no pudieron traspasar el umbral. Su huella está en nuestros huesos, sus voces en la nuestra. Tal vez por ello el dis-locamiento que provoca el exilio puede ser en-loquecimiento, quiebre del cuerpo y la lengua.

Estas páginas hablan de la propia historia de exilio de la autora, Sandra Lorenzano, desde la Argentina de la dictadura hacia México, pero también de las historias de otros miles y miles de migrantes. Del Mediterráneo a las fronteras de Centroamérica, de los Andes a la selva colombiana, deambulamos por el fracturado sur del mundo. La geografía es una y múltiple.



© Ángel Medina

## Sandra Lorenzano

Sandra Lorenzano es narradora, poeta y ensayista “argen-mex” (nació en Argentina, en 1960, y se exilió en México en 1976). Doctora en Letras por la UNAM, es profesora e investigadora en la misma universidad. Es Creadora Artística Honorífica del Sistema Nacional de Creadores de Arte. En 2022 fue elegida Presidenta de la Asamblea Consultiva del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED).

Colabora regularmente en diversos medios de comunicación de México, América Latina y España, tanto en prensa escrita como en radio y televisión. Entre otros *El País*, *Nexos*, *Letras Libres*, *Sin Embargo MX*, *Literal*, *TV UNAM*. Actualmente produce y conduce el programa semanal “Violeta y oro” en *Radio UNAM*.

Entre sus libros están *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura* (Mención en el Premio Nacional de Ensayo Literario J. Revueltas), los poemarios *Vestigios* (Pre-Textos, España), *Herencia* (Vaso Roto, España / México) y *Abismos, quise decir* (Premio Nacional de Poesía Clemencia Isaura 2023), así como las novelas *Saudades* (Finalista en el Premio Sor Juana de la FIL de Guadalajara 2007), *Fuga en mí menor*, *La estirpe del silencio* y *El día que no fue*.

# Entrevista

**1. Usted afirma que “el exilio nace cuando alguien escribe: «no estoy en casa»” y asevera que “el exilio es no tener fotos”. ¿Surge Herida fecunda, “ese zurcido que nunca es invisible; un siete en el corazón”, de ese intento de saber quiénes fuimos antes de la “herida”?**

Quizás sea a la inversa. Quizás sólo tenga una cierta noción de quién fui, de quién era, antes del exilio. Y digo “quizás” porque el relato que nos hacemos sobre nuestro propio pasado es siempre inestable, siempre cambiante, siempre fragmentario. Sin embargo, el volver a él nos da un espacio y un tiempo (un tanto real, un tanto imaginario) de pertenencia. El corte que provocan las migraciones de cualquier tipo, incluidos los exilios -y ahí tenemos un tema para conversar-, nos deja en un no-lugar, en un lugar dislocado, que nos lleva a reconstruirnos, a zurcir los pedazos, a incorporar las pérdidas, las ausencias (eso que yo propongo que se cubra de polvo de oro, como en la antigua técnica japonesa del *Kintsugi*, que no oculta sino recuerda), pero también lo que se va sumando en ese mundo nuevo al que llegamos. Somos un Frankenstein hecho de restos, de huellas y a la vez de posibilidades. Hay instantes en que gana el desconsuelo e instantes en que aparece una sensación de posibilidades que se abren; tal vez una intuición de lo fecundo. Lo que nunca imaginamos es que, casi cinco décadas después, el “paréntesis” que se abrió con la despedida de aquella tierra seguiría abierto. Y que ya no habría posibilidad de cerrarlo. Tal vez tampoco deseo de hacerlo. ¿Qué significaría “cerrar”? ¿Volver a los diecisiete, como canta Violeta Parra? Yo diría, entonces, que *Herida fecunda* surge para explorar ese Frankenstein, para sumergirme en el dislocamiento –hablo del espacio y de la lengua- e intentar reconciliarme con el ser balbuceante que soy; alguien que abraza a sus ausentes con la misma desesperación esperanzada (valga la aparente contradicción) con que abraza las palabras, el cuerpo amado y la figura de las jacarandas que veo cada mañana desde mi balcón.

**2. No hay una sola cicatriz de Herida fecunda, sino cicatrices: la dislocación, el despojamiento, el desprendimiento, el destierro (“negación del espacio en vida”); es el bilingüismo de un mismo idioma que se tartamudea, que quiebra la lengua; o la acongojada memoria tal y como la entendía Derrida. Y todo bajo un sentido de la vergüenza (¡qué presente este sentimiento!) porque nuestro exilio a veces le da vergüenza, porque se escribe desde la vergüenza, porque pudiera parecer que se está ante la vergüenza de la usurpadora, la impostora. Y si embargo desde la literatura, la escritura se adquiere el derecho. ¿Háblenos un poco más sus cicatrices?**

Al releer el libro me di cuenta de la cantidad de veces que aparecen las palabras “vergüenza”, “pena”, “pudor”. Vergüenza de nunca pertenecer del todo al lugar en que se está (ni acá ni allá), vergüenza de que se note esa pertenencia frágil, de que me delate el tartamudeo, la lengua quebrada. Como si estuviera ocupando un lugar que no me pertenece totalmente. No estoy segura de que esa frase que ponen en la pregunta -“desde la literatura, la escritura se adquiere el derecho”- sea cierta. Es un

derecho nunca adquirido del todo; es siempre inestable, provisorio. Como vivir a la intemperie.

Pero hay algo más que me avergüenza. “Nadie testimonia por el testigo”, escribió Paul Celan. Pero los verdaderos testigos son los que no están, los que nunca podrán contar. ¿Qué derecho tengo yo a hablar, a mostrar mis cicatrices, si no sólo he sobrevivido, sino que he construido una madriguera en la que puedo ser feliz? ¿Qué puedo decir frente a quienes han perdido en el horror madres, padres, hijos? ¿Qué puedo decir frente a quienes sufrieron encierros y torturas, o frente a las mujeres que viajan en la “Bestia” (el tren de carga al que se suben los migrantes para cruzar México)? ¿Qué puedo decir ante el dolor de las madres de desaparecidos de mis dos países, de las Abuelas de Plaza de Mayo? Y a la vez sé que tengo que hacer memoria, que tengo que contar. Es un compromiso ético, un compromiso político, que me ayuda a salir de mí misma y que me impide regodearme en mis propias heridas. ¿Se entiende esa tensión?

**3. El libro está enmarcado no en una suerte de nostalgias, sino de saudades. Se constituye como una suerte de arqueología de los silencios (“como generación hemos crecido entre silencios”), de la ausencia. ¿Qué ha rescatado de esta expedición y que hallazgos nos muestra en su ensayo?**

La idea de las “saudades” siempre me ha resultado muy estimulante. Es una nostalgia extraña, porque es nostalgia no por lo que vivimos, sino por lo que pudimos haber vivido; por aquellas vidas que no tuvimos. ¿Qué hubiera pasado si no hubiéramos salido al exilio? ¿Qué hubiera pasado si no hubiera habido dictadura? ¿Qué hubiera pasado si aquella bebé no hubiera muerto? ¿Qué hubiera pasado si mi familia siguiera viviendo en México? De pronto pienso que las saudades son casi una máquina de producir ficciones. Ficciones siempre melancólicas porque se recortan en el horizonte de lo perdido. Y sin embargo no soy un bicho totalmente melancólico, tampoco totalmente optimista. Vivo en esa tensión. Las palabras y el deseo me llevan a lo luminoso. Las palabras y la memoria me melancolizan. Y necesito de esos dos movimientos para escribir, para vivir. Necesito mirar hacia adentro y mirar hacia afuera. Necesito hundirme en esos silencios que nos han marcado como generación - silencios dolorosos, silencios de ausencias, silencios heridos- para llegar al otro silencio, el silencio diáfano del cual surgen las palabras.

Llevo tatuado en los huesos lo perdido. Pero esos huesos son también sostén de un cuerpo que busca la luz, tal vez como homenaje a eso perdido. Por eso vuelvo al verso de Peri Rossi: “De todas las catástrofes, incluida la del exilio, nos salva la libido”. ¿Será cierto? No lo sé, pero sí sé que me hace feliz acariciar la piel amada. ¡Qué pena estar envejeciendo tan rápidamente!

Oscuridad y luz, melancolía y placer, saudades y presente, intimidad y otredad: herida fecunda.

**4. El libro es también un viaje alrededor de su cuerpo (“¿Bien en su propia piel?”) a lo largo de los años hasta llegar a un cuerpo cubierto con teflón. Háblenos de este bello canto al cuerpo que avanza inexorable, que gana y pierde con los años frente a un modelo heteropatriarcal.**

Algo dije sobre esto en la respuesta anterior: siempre está presente el cuerpo en lo que escribo. El cuerpo como herencia y memoria; lo que va quedando en mis huesos y

en mi piel de lo que he vivido y de lo que vivieron aquellas y aquellos que llevo dentro de mí: mi clan, mi estirpe. Son las presencias que me habitan: mi madre, mis abuelos, mis ausentes, las voces de los poetas, algunos seres entrañables que me he cruzado en la vida.

Pero también el cuerpo como aquello sobre lo que día a día escribe el tiempo. ¡Ay, ojalá fuera todo más lento! ¡Ojalá aún tuviera el rostro de los cuarenta o cincuenta años! Ojalá me queden muchos años para amar. Ojalá me queden muchos años para acariciar y ser acariciada. Ojalá mi mujer siga amándome a pesar de las arrugas. Ojalá aprenda a reírme de mi propia vejez. Ojalá las palabras no me abandonen. ¿Y si ralentizamos el vértigo que me ha convertido en este cuerpo casi desconocido que se asoma al espejo?

Hago ejercicio, compro ropa interior sexy y a veces me olvido de que soy una sesentona. Soy mujer, latinoamericana, tengo más de sesenta años, mi pareja, amante, compañera de vida es una mujer... Encarno casi todo aquello que el heteropatriarcado manda a los márgenes. ¡A mucha honra!, podría decir. ¿Quién quiere cumplir a esta altura de la vida con modelos impuestos? Eso me permite tener una mirada otra, una mirada que me gusta llamar *oblicua*.

“Elegir es siempre un acto de desobediencia”, escribió la teórica feminista Rita Segato. Me detengo en el verbo “elegir” para entrar desde ahí, desde lo que la elección tiene de voluntario, de posibilidad de ejercer la libertad, a la esencia de la *mirada oblicua* como una mirada elegida, y por lo tanto una mirada desobediente.

¿Qué significa? Significa que elegimos mirar, pensar, leer y escribir desde un lugar diferente al lugar del poder, del lugar hegemónico. Elegimos *vivir* desde un lugar diferente. Significa que podemos elegir estar en un lugar marginal, en un lugar otro y que desde ahí construir nuestra posición en el mundo. Significa des-aprender la manera en que nos han enseñado a mirar. En que nos han entrenado para mirar, en tanto mujeres, desde el momento en que nacemos. Significa poner la atención en otras zonas hasta ahora poco atendidas, y así descubrir nuevas realidades. Desde ahí, desde esa nueva posición que nunca es fija sino nómada, móvil, fluida, ser capaces de cuestionar, de desestructurar y de desarticular las formas en que hemos aprendido a mirar; de indisciplinarnos en el sentido más creativo del término porque eso nos permitirá conocer y reconocer nuevas realidades.

Me gusta imaginarme, entonces, como una vieja indisciplinada que atraviesa fronteras de género -sexuales y literarias- y que, más allá de mandatos sociales, logra hacer del paso de los años no algo vergonzoso sino una fiesta de los sentidos. Y me gusta saber que, como buena feminista, no estoy sola en esto: soy parte de redes de mujeres que me acompañan y me sostienen.

**5. El libro también es un viaje por esas geografías que alternan “nidos” y “cenizas” y que recorren verticalmente un trayecto de Argentina a México donde quien lee se detiene en Colombia, Ecuador, Guatemala... el continente. Un continente que viaja entre la desaparición, el exilio y la migración. ¿Cuál es su mapa?**

Mi mapa es siempre América Latina. Un continente dolido, en el que la violencia, las desapariciones, los feminicidios, las desigualdades, las injusticias son desgarradoras, pero que es a la vez un continente potente, rico, diverso, creativo, combativo. Aprendí a ser latinoamericana en mi adolescencia mexicana; aprendí a leer su literatura, a

conversar con sus pensadoras y pensadores, a cantar su música y celebrar su arte, a saber que compartimos una historia y una herida. Pero esta pertenencia es una pertenencia abierta al mundo: mi memoria íntima, familiar, tanto como mi memoria literaria e intelectual están hechas de puentes que cruzan el océano. No soy fundamentalista ni esencialista tampoco en esto.

**6. Otras geografías levantan un edificio, un linaje de lecturas, libros y escritores y escritoras conformando una biografía lectora, una gran antología de poemas y versos sueltos (Peri Rossi, Gelman, Machado...), una constelación en la que brillan extrañas estrellas como María Luisa Elío o Alaide Foppa o Tununa Mercado o María Inés Roqué. ¿Es el libro y su universo un destino final?**

No es un “destino final” sino un puerto de abrigo. Los libros, las voces de escritoras y escritores son una de mis más amadas materias de pertenencia. Con ellas estoy en casa. Incluir sus palabras en *Herida fecunda* quiso ser una forma de reconocer esa deuda. También una forma de enfrentarme menos sola al abismo de la escritura y a las cicatrices del exilio. Tengo una biblioteca -real y simbólica- caótica y tibia, tal vez tan tartamuda como yo, que me abraza, y me recuerda que, como quería Kafka, yo también creo que “Un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros”. Que rompa el mar helado y al romperlo nos entibie.

**7. “Mi maqueta es una foto velada”. Herida fecunda está cosida con fotografías y un puñado de películas conmovedoras. Y cartas, y maletas, y mochilas... Dice Socorro Venegas que los objetos tienen “memoria voraz”. ¿Cómo es la memoria voraz de los objetos de una exiliada?**

La memoria, las memorias, la luminosa y la oscura: la del dolor y las ausencias, aparecen para mí siempre entretnejadas con objetos y geografías, con imágenes y sonidos, que funcionan como guardianes del recuerdo. Me importan (¿me obsesionan?) las maletas de los migrantes, las maletas de los exilios, las maletas de los que se fueron y volvieron, o de aquellos que nunca pudieron regresar, plenas de objetos que sólo ellos pueden ver y sentir. Porque quien lo ha perdido todo viaja con el vacío, con las ausencias, viaja con sus recuerdos.

¿Qué salvaríamos en un naufragio?, me pregunto siempre. Las mochilas afectivas. Llegan cada tanto algunas fotos desde el fondo de los cajones abandonados. Música. Versos. Juegos. Imágenes de un jardín que ya no existe. Un río. Libros que se ahogan. Cenizas. Huesos. El equipaje no es jamás ligero, querido Machado. Los hijos de la mar cargamos piedras. Siempre. Como las que se ponen sobre las tumbas. Piedras como flores. Nos acostumbramos a construir una memoria hecha de vestigios, de huellas en la piel. En eso se han transformado nuestros objetos. Aprendí que no hay ningún objeto imprescindible: sólo la gente querida es imprescindible. Y sin embargo, me emociono cuando reaparece alguno de esos objetos cargados de memoria. Quisiera guardarlo para siempre, pero aprendí muy chica que eso -el para siempre- no existe. Mejor me los tatúo en la piel, mejor los convierto en palabras balbuceantes.

**8. ¿Le da miedo quedarse en un libro o volver -y entienda la vuelta a cualquier orilla geográfica o simbólica"? O más complicado ¿cómo volver una vez echadas raíces (Simone Weil) sobre una "matria" levantada (María Zambrano)?**

Lo perdido no es un espacio sino un tiempo, por eso no hay regreso posible. No lo hay para una exiliada, pero tampoco para los demás. Creo que duele para todos por igual. O quizás pensar eso me hace sentir menos sola en mis saudades. Por eso me gusta tanto la idea de Simone Weil de las múltiples raíces, que dialoga para mí con aquella otra de Néstor Perlongher: "El exilio, aunque tenga sus lamés dorados, desterritorializa. Y parece que no hay vuelta, se territorializa en la desterritorialización, un nomadismo de la fijeza".

Y aquí estoy, con mis múltiples raíces, territorializada en la desterritorialización, y por eso viajo siempre con mi madriguera al hombro.